

14ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 11,25-30.

En aquel tiempo, Jesús exclamó:

Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla.

Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.

VENID A MÍ Y YO OS ALIVIARÉ

El pasaje evangélico de este domingo se compone de tres partes: primero, una oración, «un himno de bendición y de agradecimiento al Padre», porque ha revelado a los pobres y a los sencillos el misterio del Reino de los cielos. Luego Jesús nos desvela la relación íntima y singular que hay «entre Él y el Padre» y termina con una «invitación para acudir a Él», para seguirlo y encontrar alivio.

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla» El mejor comentario a estas palabras de Jesús nos lo presenta Pablo en la primera carta a los Corintios: «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados!» No hay muchos sabios, según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Dios ha escogido lo necio del mundo para mostrar dónde está la sabiduría, quiénes son los sabios. Dios ha escogido lo débil del mundo, lo despreciable, para mostrar dónde está la verdadera fortaleza. Dios ha escogido lo que no es, para reducir a la nada lo que es, para mostrar qué es lo verdaderamente importante en la vida: «nunca la gloria del hombre y siempre la gloria de Dios».

Las palabras de Jesús y de Pablo arrojan una luz especial para el mundo de hoy. Es una situación que se repite. «Los sabios y los inteligentes», así los llama Jesús con un cierto halo de ironía, «se muestran alejados de la fe». Con frecuencia ven con incomodidad a los creyentes que rezan, que creen en los milagros, que se emocionan ante el Padre Pío o la Madre Teresa de Calcuta.

Estos «sabios e inteligentes» hoy son la parte más influyente de la sociedad. Muchos son gente honesta, sin resistencia alguna a la verdad. No obstante, esto no debe impedirnos descubrir el «núcleo del problema», que tan bien se refleja en el Evangelio de hoy, «la cerrazón del corazón»

«La cerrazón a toda revelación de lo alto y por tanto a la fe, no es causada por la inteligencia, sino por el orgullo». Un particular orgullo de autosuficiencia que rechaza toda dependencia y reivindica para la persona una autonomía absoluta. Lamentablemente tras la trinchera de la palabra mágica «razón», se esconde una «razón esclava», con las alas recortadas, «incapaz de ver y de gozar de la Vida».

Filósofos, que no pueden ser acusados de falta de inteligencia o de capacidad dialéctica, han escrito cosas como esta de Pascal: «El acto supremo de la razón está en reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan». Cuando la ciencia humana no quiere reconocer que hay algo que no puede comprender, «todo se desequilibra».

Es por ello por lo que una tarea del conocimiento humano debe ser **«comprender que hay cosas que no puede comprender y descubrir cuáles son éstas»**. Quienes no reconocen esta capacidad trascendente **«ponen un límite a su razón y obviamente la devalúan»**.



La verdadera sabiduría no es solamente entender ideas. **«La verdadera sabiduría entra también por el corazón»**. Una persona puede saber muchas cosas pero si tiene el corazón cerrado le falta sabiduría. Por eso Jesús dice que los misterios de su Padre han sido revelados a los **«pequeños»**, a los que abren su corazón, con confianza, a su Palabra de salvación, a los que sienten necesidad de Él y lo esperan todo de Él. Son los que tienen **«el corazón siempre abierto y confiado al Señor»**.

Jesús nos explica también que **«lo ha recibido todo del Padre»**, lo llama **«mi Padre»**, para afirmar la unidad de su relación con Él. **«Nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar»**, dice el Evangelio. Solo entre el Hijo y el Padre hay total reciprocidad: el uno conoce al otro, el uno vive en el otro. Dice el Papa Francisco que **«esta comunión con el Padre es como una flor que brota, para revelar gratuitamente la belleza y la bondad de esta relación»**.

De aquí esa invitación llena de amor que nos hace Jesús: **«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré»** **«Él quiere darnos lo que recibe del Padre»**. Quiere darnos la verdad y su verdad es siempre gratuita, es un don, es el **«Espíritu Santo»** que nos acompaña siempre. Él siempre está a la espera, no para resolvernos mágicamente nuestros problemas, sino **«para hacernos fuertes en nuestros problemas»**. Jesús no nos quita las cargas de la vida, sino la angustia del corazón. **«No nos quita la cruz sino que la lleva con nosotros»**. Y con Él cada carga se hace más ligera pues **«Él es el descanso que tanto necesitamos»**. ¡Que así sea!